materia de él y por el acierto con que está tratada es de los mejores de la obra. En lo intelectual y moral como en lo físico no valen las generalizaciones de suyo muy aventuradas. No hay sinó mucho analizar y áun desmenuzar, y no perder de vista que la psicología no se gobierna fantaseando teorías á bulto, sino con mucha y muy larga y madura observación y con la experiencia de nosotros mismos que es la reflexión y vuelta sobre nuestros actos: que sólo así se alcanza con certidumbre todo lo que naturalmente podemos y el modo como lo podemos, y sin alcanzarlo no apreciaríamos bien lo que no es nuestro mas de Dios. Bien aprovecha el Sr. Perales la buena guía que le ofrece la Santa la cual, como siempre que toca cosas sutilísimas y de muy delicado entender, diríase que se crece, y echa el resto en claridad y luz, que más no se podría pedir, y con símiles y ejemplos vivísimos da cuerpo y realce á los conceptos y como que los entra por los ojos. No hay palabra ni entendimiento de varón, cuanto menos de mujer, que se pudiera expresar mejor ni igual, y quien en ello no reverencie la lección divina, que vea cómo mujer, y no letrada, pudo pensar así y explicarse así, y salga, si acierta, de este mayor milagro.

Aún supera en interés á esta primera parte del libro la segunda que trata de lo natural patológico. Aquí puede el médico muy leido de libros impresos y más del libro incomparable de la experimentación y observación clínicas, batir el error en su segunda paralela donde hoy porfiadamente in-

tenta defenderse. No habré yo de seguirle por caminos que no anduve jamás, con que caería en la culpa enorme de los más que hablan de estas cosas sin entenderlas. Confieso que por esa pícara inclinación que á todos nos lleva á ocuparnos más en los negocios ajenos que en los propios, caí tal vez en codicia, que mejor llamaría tentación pecaminosa, de leer de medicina, pero no hice estudios jamás, y no son materias éstas que se cursan sólo leyendo sinó estudiando y practicando. Ninguna en verdad, si es que se ha de saber, pero éstas menos que otras; y así lo digo tan sólo por razonar el mucho encanto que tienen para mí estos buenos capítulos que les dedica el autor.

El cual con aquel espíritu valiente que tanto recomienda nuestro gran Quevedo, afronta luego lo que para algunos se ofreció como dificultad gravísima y temerosa. No basta para entrar en batalla la convicción del entendimiento si no acompaña el esfuerzo del ánimo. Quien no sale de las trincheras al raso fía más de las defensas del terreno que de su corazón. A quien, puesto en la verdad, se siente en lo firme, no le duelen prendas. El lado evidente de un hecho, no hay fuerzas humanas de razón que le obscurezcan, mas que de otro lado se vean apariencias de obscuridad ó contradicción. Más aliento y más hondo estudio, y lo que se juzgaba obscuro se hará claro, y lo que parecía contradictorio luego se concordará. Escritores meticulosos y espantadizos, que sintiendo cómo las olas llevaban y traían la barca, temíanse ya que zozobraba, pusieron la proa al puerto sin navegar

más. No parece sinó que no veían que iba Cristo en ella. Dijelo ántes y lo repito ahora: la verdad se defiende con la verdad. Que Santa Teresa de Jesús fué histérica, ella lo dice con la relación fidelísima de sus enfermedades. Negarlo valdría tanto como desmentir á la santa escritora que ni un punto en lo que nos dejó escrito por obediencia y según ordenación de Dios, jamás se engañó. Sí, quiso Dios, á quien en un instante indivisible son presentes todas las cosas, que en un sujeto se juntasen las excelencias y maravillas de lo sobrenatural, y todo el aparato sindrómico del histerismo de que habían de hacer batería los naturalistas; porque fuese como fiel contraste donde mejor se apreciasen los quilates de la verdad. El similor, que engaña los ojos, puesto junto al oro, luego descubre la falsedad y bajeza. Cuando el libro del Sr. Perales no tuviese otro mérito que haber presentado la batalla en el terreno, sobraría para merecer bien de la religión y de la ciencia. No es de católicos pelear á la defensiva: la ofensiva es de los que no dudan de la victoria.

Esto del histerismo y en general de las neurosis es de lo que más llena hoy y embarga en el campo de las ciencias médicas, y apenas hay fenómeno patológico y áun psicológico obscuro é intrincado, que no se trate de explicar por ahí. Cierto que no se ha adelantado poco en estas materias, de todas las de la obscurísima ciencia médica acaso las más obscuras y difíciles. Negar los avances de Charcot y de otros de su fuste sería negar lo innegable. Y es el caso que tiempos más histéricos

y neuróticos que los que alcanzamos, como no se busquen en los últimos días de Roma, por ventura no se encontrarán. Todas las concausas actuales del histerismo en el individuo parece como que concurren para engendrar lo que llamaría yo histerismo social. Revelan sanidad y robustez de complexión aquellas generaciones briosas de los siglos medios que en las hazañas como en los descarríos tocan en los últimos límites de lo humano; pero es esto en que vivimos una caquexia intelectual, moral y física que nos consume: gajes de los refinamientos de cultura. No es, pues, para maravillar que las neurosis de toda especie, y las dolencias del corazón con las demás del aparato circulatorio, estén hoy en proporción que quizá no tuvieron jamás. A cada paso se tropieza con un histérico. De hombre sé yo, de los que más han despotricado contra Santa Teresa de Jesús y áun de Jesucristo abajo contra toda santidad, y no de su propio caudal, que no ha hecho sino servir de arcaduz á los desatinos de otros, el cual es de los ejemplares más acabados que ofrecerse pueden. Razón es que se estudien las neurosis y se procure ahondar en ellas, puesto que de poco servirá como no se ataquen las causas.

Acabado es el cuadro que nos presenta el Sr. Perales de la que padeció Santa Teresa de Jesús toda su vida. Para ello tenía buenas pruebas á qué acudir. La historia clínica mejor escrita no superaría á la descripción que la Santa nos hace de sus enfermedades y achaques, de suerte que no habría médico que sobre esta historia no se determinase

á diagnosticar. Sustitúyanse los antiguos y ya vulgares vocablos con las voces técnicas al uso y para el doctor más mirado de su crédito profesional que no lo suscribiese. Porque nada falte al aparato sindrómico viene en los primeros capítulos de la *Vida* de la Santa aquella admirable descripción del gravísimo parasismo que la puso á dos dedos de morir, donde los más la dieron por muerta, y que no fué otro que un ataque letárgico con muerte aparente del *gran histerismo de Charcot*. Llega el autor á estas conclusiones por un examen comparativo, hecho á conciencia, de todas las noticias esparcidas en las obras de la Santa Doctora, con las afirmaciones últimas de las ciencias médicas acerca del histerismo y sus varias formas. Nada falta allí, ni la distinción entre la epilepsia y aquellos estados morbosos que por semejarse á ella, dicen los médicos epileptiformes; pero que en modo alguno se pueden confundir. Deja el Sr. Perales que hablen los textos. Ha hecho bien: dan prueba plena.

¿Quién leyendo los primeros capítulos de la *Vida* de la Santa, y viendo por ellos la delicadeza de complexión de aquella doncellita nerviosa, casi á dos pasos de la muerte; y su exaltada imaginación devaneando y enfrascándose en las aventuras y embelecos de los libros de caballerías, no sacaría de aquí que comenzaba la historia de una mujer toda histérica, voluble y antojadiza, sin mandar á su razón apenas para nada; pronta á la risa y más pronta á las lágrimas; ahora tratable y comunicativa, ahora huraña y cejijunta, queriéndolo todo y

en negocio ninguno aprovechando cosa, enojo de sí y tedio y enfado de los otros? Mas si prosiguiendo en la lectura luego viese que aquella cuitada, con no irse á la mano los achaques y dolencias en afligirla toda la vida, fué valentísima mujer de sereno y reposado juicio, y de vivísimo entendimiento; avisada en el consejo, cuerda en la resolución, ágil en los negocios, pronta á toda obra, que ni la abatían dificultades, ni buenas venturas la alborotaban; con una igualdad de ánimo que nada descomponía, y una alma siempre esparciéndose en las holguras de una sana y santa libertad de espíritu, y siempre, con alegría no descompuesta sino apacible, dulce y verdadera; y si sobre esto oyera á aquella mujer discurrir con luz clarísima por las recondideces de la vida espiritual y tratar por modo maravilloso y con un arte sin arte y no imitado, las altezas inefables de Dios, y llegar á heroicidades de virtud y á grados subidísimos de encendida caridad, ¿cómo no concluir que contradicción tan portentosa no pudo caber en las fuerzas de naturaleza, porque fué milagro perenne por toda una vida donde la gracia divina quiso hacer gala y ostentación de su poder? Y cierto que no hay como se compongan en lo natural aquella euritmia y proporción de las facultades de Santa Teresa de Jesús, y su condición y diátesis de histérica, muy acabada de estos achaques. Y no se hable de su altísimo entendimiento con que alcanzaba y alumbraba por igual la teología, la filosofía, cuanto ponía delante de sí, con no haber estudiado nada. Que no tuvo maestros nadie osó ne-

garlo; adonde llegó, á grandes voces lo dice el consenso universal que la proclama entendimiento el más grande que vivió en alma de mujer.

Con esta su clarividencia hace anatomía de su espíritu y pinta á maravilla los favores espirituales que recibe, y sus enfermedades y achaques. No haya cuidado que los confunda. El más hábil patólogo de nuestros días no acertaría á trazar cuadro más acabado de lo que llaman melancolía histérica; que en bien sentir del Sr. Perales se había de llamar *carácter histérico;* y del modo de tratarlo, y cómo han de habérselas con las infelices que lo padecen. Nada recomienda la ciencia de hoy que no esté allí recomendado por una monja de hace tres siglos. Fueran tan finos en la observación y tan discretos en los juicios Lombroso y los de su escuela, y á bien que entonces pusieran la balanza en el fiel de la sana razón con más verdad que ahora.

Parece que la Santa escribía viendo cuán grande blanco de contradicción había de ser, porque de modo cuida de distinguir entre las miserias de su condición enfermiza, y los regalos de Dios por sus señales, que en ley de buena fe no hay cómo se barajen y confundan; y así poco esfuerzo ha menester el claro ingenio del Sr. Perales, y su mucho saber de estas materias, para cerrar con Maury y con Richer, y demás *ejusdem farinæ*, y convencerles de livianos en el observar y atropellados en el decir, cuando no de falaces. Las cosas que en algo se asemejan, ofrecen grave peligro á la ignorancia vergonzante que se cubre á

medias las carnes con tales cuales andrajos de ciencia; y muy grande comodidad á la intención torcida que con cuño de oro quiere pasar el cobre. Pero ¿quién que se pare un poco siquiera, confundirá los éxtasis místicos de Santa Teresa de Jesús, con la forma extática que á las veces presenta el tercer período del gran ataque histérico de Charcot? Pues no va cosa de aquellas actitudes apasionadas, donde en mímica pronta y expresiva, pasan á los ojos de quien lo contempla las mil imaginaciones del histérico, ora alegres, ora tristes; cuando dulces y suaves, cuando terribles y dolorosas, cuando devotas, cuando lúbricas, no de otra suerte que los muñecos del retablo de Maese Pedro; ni de aquel quebranto de cuerpo y de alma que luego sobreviene; á la serenidad altísima y radiante del rostro encendido en amor de Dios, y á aquel recogimiento y devoción de todo el cuerpo, y á aquella elevación y suspensión como en busca de lo que invenciblemente le atrae, y en fin, á aquella limpia y bienaventurada actividad de la inteligencia en tanta y tan clara luz de verdad embebecida! Que ciertos efectos fisiológicos de los estados morbosos histéricos y de los sobrenaturales puedan semejarse, nada concluye contra lo que se muestra diferente con diferencia esencial. No destruye la gracia la obra de naturaleza, sinó la supone, y conforme á esta naturaleza obra, y mientras otra no sea la voluntad de Dios, por fuerza que los extáticos habrán de sentir en sí los efectos de toda muy concentrada atención, y tan subidos de punto cuanto va de la contemplación de las cosas de la

tierra, á aquella otra que arrebata entendimiento y voluntad en sobrenatural ímpetu á las cosas del Cielo. Decir como Richer hablando de la *Histeria en el arte*, que quitando y poniendo á voluntad de lo que veían en los histéricos, llegaron los grandes maestros del arte á representar los éxtasis y arrobamientos de los bienaventurados, es saber tanto de arte como de éxtasis. No hay histérico, así se le quite ó se le ponga cuanto hay que quitar y poner, que dé modelo para las hermosas creaciones del arte cristiano: con cantidades heterogéneas nadie suma, así llene de sumandos la gran pirámide de Qeos. Murillo pintando sus Concepciones; Alonso Cano fijando con el buril los arrobamientos de San Francisco de Asís; Doménico Theotocopuli representándolo en admirable lienzo; Morales y Juanes adivinando algo de la sacrosanta humanidad de Cristo, son pintores realistas de una realidad que ellos ven, y que existe, por mas que la nieguen los que no quieren verla. A buen seguro que modelos no faltarán hoy, porque histéricos abundan más que nunca, y con todo, de bien poco les han servido á los más de los decoradores de la horchatería eclesiástica que llaman San Francisco el Grande. Si á Richer y los suyos, viendo un cuadro de Murillo, tan sólo se les ocurre acordarse de las clínicas de la *Salpetrière*, no hay sinó dejarlos y pedir á Dios que les bata las cataratas del alma.

Trata el autor en la primera parte de su libro la materia interesantísima de las alucinaciones, campo de tantas polémicas en todos tiempos, donde

han batallado las escuelas sin acabar de entenderse, y donde batallan y batallarán. El muy excelente estudio comenzado en el orden fisiológico normal, lo acaba y redondea ahora el Sr. Perales entrando ya de lleno en lo patológico. De las teorías varias con que se intenta explicar este fenómeno morboso, ninguna conozco que me contente, como la muy nueva que expone el Sr. Perales por ser, en mi sentir, la que menos lugar ofrece á una victoriosa contestación. Ninguna distingue tan bien las puras formas imaginativas de estas representaciones que obran sobre los sentidos, sin que les falte más para ser normales y fisiológicas que la realidad objetiva de lo que es causa de la impresión. Y con notar esto, y pararse después en la deformidad de semejantes representaciones; remedos y como bosquejos en burlas de retazos de cosas reales y verdaderas, que allá en la imaginación dejaron su huella; luego se echa de ver qué va de esta penosa labor, donde con mal perjeñadas baratijas se aderezan y componen novedades, á aquella otra dulce y deleitable operación, donde con la imaginación se ve ó se contempla y se oye con el entendimiento, por modos no usados, bellezas, junto á las cuales toda otra belleza es fealdad, y verdades con lumbres como verdad de la tierra jamás dió de sí. Demás que crear, esto es, hacer *ex nihilo*, sólo es de Dios; pero cuanto alcanza el hombre es dar nueva forma y como nuevo sér á lo que ya es, que si fuere en sueños como soñado lo más será desbarrar, y si dolencia, por enfermo desmazalado y contrahecho será, y si en la vigi-

lia con valiente imaginación engendrado, Don Quijote ó Segismundo, ó Pedro Crespo ó Yorik se llamará; pero ver y oir sin los ojos y los oídos del cuerpo, y áun sin los del alma, y sobre esto ver, oir y entender sin asomo de cosa del mundo que antes se vió ó entendió, ó se puede ver y entender, es operación divina de aquella diestra por quien cuanto existe todo es.

Es esta difícil materia muy á propósito para sorprender incautos, y el vindicador de la insigne Doctora que lo entiende así, echa el resto á la observación perspicaz y se vale de todos los pertrechos del bien provisto arsenal de su ciencia médica para sacar vencedora su tesis. Y no sale defraudado en sus esperanzas, porque mejor exposición y análisis más á toda ley de cuanto se sabe de alucinaciones difícilmente se hallará; de suerte que al llegar á las siete conclusiones con que cierra tan notable capítulo, la razón por modo invencible queda sometida.

No es menor la atención con que se estudia luego la catalepsia en todo el cuadro de sus fenómenos morbosos, para dejar probado, que cuando se concediera, por conceder y gratis, que Santa Teresa hubiese sido cataléptica alguna vez, nunca jamás podía confundirse con esta dolencia sus favores sobrenaturales. Huelga el supuesto, porque nada hay en los relatos de la Santa por donde en buena doctrina médica se pueda defender; mas ha querido el autor salir al encuentro á quien quiera que acaso intentara sustentarlo, y ha hecho bien en ello, que sobre apurar el asunto, regocíjanos sa-

cando á plaza la insipiencia impudente de quienes de un estado de negación y casi total suspensión y acabamiento de toda vida, quieren que salgan las más poderosas actividades; lo cual, si no es jugar con el sentido común, no sabré decir qué pueda ser.

No estaría cumplido el propósito de este libro donde con buena advertencia se confrontan los fenómenos sobrenaturales de la vida de Santa Teresa de Jesús con las formas páticas de todas las neurosis conocidas, de no hablar del sonambulismo natural y provocado, puesto que no hay letra en los escritos de la Santa que con cien leguas signifique nada de esto, ni ha salido escritor ninguno tratándola de sonámbula ni de hipnótica; pero las miras de quien no se contentaba con refutar los errores dichos, más quería también prevenir los que por ventura se llegaran á propalar, y el conjunto técnico de la materia así lo pedían. Sube de punto la razón de tratarlo en este lugar el mucho vuelo que el hipnotismo y el magnetismo en sus aplicaciones, cuando honestas, y cuando nó, en estos últimos tiempos han tomado; y porque estando estos fenómenos, muchos de ellos, como fronterizos en el campo de lo natural, es necesario determinarlos bien porque no se barajen con otros de la linde allá donde reina lo sobrehumano. A una los adelantos de las ciencias médicas y nuestra fe católica reclaman que no se miren con liviandad y en zumba, mas que se reconozcan y estudien de un lado los misterios y fuerzas de nuestra naturaleza, y de otro la virtud demoniaca, que en la historia de suerte tan varia se muestra, y que de las Sagra-